

LA GUERRA POR JUÁREZ

LA GUERRA POR JUÁREZ

Alejandro Páez Varela coordinador

temas de hoy.

Diseño de portada: arre

© 2009, Alejandro Páez Varela

Derechos reservados

© 2009, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TEMAS DE HOY_{MR}
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: noviembre de 2009
ISBN: 978-607-07-0290-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Dedicado al periodista juarense
Armando Rodríguez, el Choco, amigo y
compañero de todos nosotros. Su asesinato
(noviembre de 2008) sigue impune. Con el
mismo énfasis, con enorme cariño, dedicamos
este libro a su esposa Blanca, también
periodista, madre, juarense y una víctima
más de esta guerra infame.*

ÍNDICE

Prólogo	13
<i>Ciudad Juárez, la firma de un sexenio</i>	
Domingo Aranda, <i>la Nacha</i> y el origen del cártel	19
<i>Alejandro Páez Varela</i>	
El último manso	27
<i>José Pérez Espino</i>	
Odas al contrabando	35
<i>José Pérez Espino</i>	
Guerra sucia	45
<i>Sandra Rodríguez Nieto</i>	
Juárez, donde colapsó la morgue	53
<i>Marcela Turati</i>	
El idioma de las cartulinas	59
<i>Miguel Ángel Chávez Díaz de León</i>	
Camarones en el desierto	71
<i>Ignacio Alvarado Álvarez</i>	

La soberbia	77
<i>Enrique Lomas Urista</i>	
De Sinaloa a Chihuahua, y de regreso	81
<i>Alejandro Páez Varela</i>	
Indicios de resistencia	87
<i>Sandra Rodríguez Nieto</i>	
El niño con Abercrombie & Fitch.....	93
<i>Alejandro Páez Varela</i>	
Sin lugar para los adictos	99
<i>Marcela Turati</i>	
El Malochito	105
<i>Ignacio Alvarado Álvarez</i>	
El pozo	111
<i>Enrique Lomas Urista</i>	
«Mi casa esconde explosivos y armas»	115
<i>Miguel Ángel Chávez Díaz de León</i>	
«Qué habría yo hecho, que me han pasado tantas cosas»	121
<i>Sandra Rodríguez Nieto</i>	
Mi ciudad, la más violenta del mundo	127
<i>Miguel Ángel Chávez Díaz de León</i>	
Esas almohadas tienen dueño	133
<i>Enrique Lomas Urista</i>	
El mecánico de la droga	137
<i>Ignacio Alvarado Álvarez</i>	
La ciudad de las tinieblas	143
<i>Ignacio Alvarado Álvarez</i>	

El fin de las noches de Juárez	149
<i>Miguel Ángel Chávez Díaz de León</i>	
Los daños colaterales del Operativo Conjunto Chihuahua en nueve momentos	157
<i>Marcela Turati</i>	
El caso De la Rosa	165
<i>Ignacio Alvarado Álvarez</i>	
Yo soy <i>el Chapo</i> Guzmán, todo está pagado	171
<i>Alejandro Páez Varela</i>	
Los autores	177

PRÓLOGO

Ciudad Juárez, la firma de un sexenio

Cuando el gobierno del presidente Felipe Calderón Hinojosa concluya, habrán muerto por lo menos treinta mil individuos en la guerra de las drogas. Y digo «por lo menos treinta mil», porque una proyección con los datos acumulados de la primera mitad del sexenio (2006-2009), periodo en el que se basa este libro, podría arrojarnos una cifra muchísimo mayor. De manera tendencial, a causa de esta tragedia inédita, los mexicanos nos matamos en mayores cantidades semana tras semana, año tras año. La guerra parece no tener fin, o peor: tiende a complicarse, multiplicarse, extenderse y volverse más compleja.

Como sucede en México, el sexenio acabará, los ciudadanos nos tragaremos los errores de los políticos en turno y ellos se irán sin ninguna responsabilidad a sus negocios, a sus mansiones. Pero esta vez quedarán los muertos. El sexenio de Calderón estará marcado por la sangre y no por triunfo alguno, porque no hay análisis

ta, sociólogo o especialista que crea que esta guerra será ganada por el Estado; la evidencia tampoco parece sugerirlo. Los muertos seguirán acumulándose incluso después de este presidente. Y resulta que casi un cincuenta por ciento de estos muertos caerá en Chihuahua y, principalmente, en Ciudad Juárez.

Nunca hubo una matanza tan grotesca y tan sangrienta en este país. Nunca en el México moderno. Esta enorme cicatriz marcará a la nación en todas sus expresiones. Lo reflejarán en el futuro inmediato la sociedad, el periodismo, las artes y la literatura. Quedará para los libros de texto.

Y por primera vez un presidente perderá el derecho a ser recordado por las obras realizadas en su propio terruño. Recordemos que Agualeguas apareció en el mapa por Carlos Salinas de Gortari. Celaya y sus vecindades estuvieron en la escena pública por Martha Sahagún y su esposo, Vicente Fox. Lo mismo pasó con Colima durante el mandato de Miguel de la Madrid. Aunque Ernesto Zedillo creció en Mexicali y en Pueblo Nuevo, nació en el Distrito Federal —como José López Portillo—, que no necesita un empujón porque guarda de por sí la importancia de ser la sede de los poderes federales.

Esta vez se recordará al jefe del Ejecutivo por sus «logros» fuera de casa. Felipe Calderón Hinojosa pasará a la historia por Ciudad Juárez, ejemplo extremo del daño provocado por su estrategia fallida.

Escribí hace unos meses en *El Universal*:

Imaginemos que la estrategia de la lucha contra los narcos fue la correcta. Que estamos equivocados los

que insistimos en que llenar las calles de militares y empuñar las armas no era la respuesta, sino el trabajo de inteligencia contra los jefes de los cárteles y la investigación que lleve al arresto de la élite que lava los miles de millones de dólares sucios en el sistema financiero. Asumamos que los que pedimos programas sociales para rescatar a consumidores y a vendedores menores, así como una cruzada contra las adicciones, estamos en el rumbo equivocado. Digamos que esta guerra fue razonada, y que los que afirmamos que fue un arrebato populista (pensado por políticos adictos a las encuestas) estamos en el error.

Así, por supuesto, cada muerto tendrá sentido. Esos agentes federales, esos «de a pie»; la tropa siempre tan sufrida; los civiles, los niños, los inocentes, la señora de la esquina, el señor que siempre fue honrado, los que pasaban por allí, todos, todos habrán muerto porque la patria y el futuro de ésta bien merece grandes sacrificios.

Pero, ¿y si la estrategia de la guerra está equivocada? ¿Quién cargará con esos treinta mil muertos, producto de un error? ¿Se acaba el sexenio y todos a sus casas, así como así?

Y si a pesar de las advertencias la guerra continúa como va, con vehículos artillados y ametralladoras en cada esquina; con helicópteros y cateos sin órdenes de aprehensión; con crecientes quejas de violaciones a los derechos humanos. Si a pesar de las múltiples peticiones de que se revise la estrategia se le mantiene, aunque nunca se le gane al narco, ¿quién dará la cara a las treinta mil familias y les dirá: «Esto pudo ser evitado. Disculpe usted.»

En este libro participa un grupo de periodistas con reconocimiento público por su valentía y honradez. Re-

porteros todos ellos –incluido quien escribe– de los principales medios nacionales y regionales (*El Universal, Reforma, Día Siete, Proceso, El Diario de Juárez*), les unen varias particularidades, entre otras ser juarenses por adopción y chihuahuenses de origen, y el haber cubierto durante años el fenómeno del narcotráfico. Muchos de ellos han vencido el miedo y desafiado la estadística: siguen escribiendo sobre el fenómeno desde esa frontera.

Estas veinticuatro historias son quizá el inicio de un documento más amplio que debemos heredar a futuras generaciones. En Ciudad Juárez se ha llevado a cabo una guerra de exterminio. A Ciudad Juárez, con la llegada de fuerzas federales, coincidentemente, arribó un nuevo grupo criminal –como si tuviera respaldo oficial– y una era de oscurantismo. En Ciudad Juárez, por la negligencia del gobierno, se ha arraigado el torbellino de la bestialidad, la antítesis de las ideas del humanismo y el progreso. Y todo ello debe ser contado.

Hemos abandonado a Ciudad Juárez y de esta manera quebrantamos un pacto federal. El gobierno usa como cortina de humo la crisis económica mundial para esconder su incapacidad de reacción; se escuda en que el combate a los cárteles es nacional para no verse obligado a rendir cuentas frente al hundimiento de una comunidad de un millón y medio de personas.

Sus habitantes sobrevivirán a la desgracia, seguro. Pero tanta sangre y tanto dolor, tanto abandono no se borrarán con facilidad. Por eso creo que la condena por la negligencia es que Ciudad Juárez será la firma del presente sexenio. Estamos frente a la mejor muestra de un Estado que será irrefutablemente fallido si no puede

garantizar la tranquilidad de esos no pocos mexicanos que gritan: «¡Basta!» a oídos que, por lo que se advierte, dejaron de escuchar.

ALEJANDRO PÁEZ VARELA
Octubre de 2009

*Domingo Aranda, la Nacha
y el origen del cártel*

ALEJANDRO PÁEZ VARELA

La serie de eventos poco afortunados que condujeron a la muerte de Domingo Aranda un día de 1973, podrían explicar el origen del cártel de Juárez como lo conocemos, y la llegada de los sinaloenses a la cúpula de esta organización criminal, una de las más longevas de México y entre las más poderosas del mundo.

Más aún, este conjunto de hechos transfronterizos arroja luz sobre la tragedia que ha envuelto al norte del país en los últimos años y hasta nuestros días. No explica, pero da contexto a la actual guerra por Ciudad Juárez entre el cártel de Sinaloa y el local (cuyo brazo operativo se conoce como la Línea), que se ejecuta en esa frontera pero que se planeó desde, suponemos, varios lugares del llamado Triángulo Dorado, punto de convergencia geográfica entre los estados mexicanos de Chihuahua, Sinaloa y Durango.

Domingo Aranda llegó a la segunda mitad del siglo XX como uno de los primeros jefes del narcotráfico en

el país. Antes de él, en la vasta región que va del Valle de Juárez hasta la frontera con Coahuila (y al norte, una parte de Texas y Nuevo México), sólo hubo intentos esporádicos de contrabandistas de candela, opio, sotol y alimentos, aunque en Ciudad Juárez ya tuviera un imperio Ignacia Jasso viuda de González, ampliamente conocida como *la Nacha*. Sus primeras apariciones públicas se fechan en 1922.

Sin embargo, fue Domingo quien fundó una de las primeras organizaciones con las características de los cárteles contemporáneos. Dominó la ruta de las drogas desde la producción hasta la venta en el mercado de menudeo; corrompió autoridades de manera sistemática; a su manera, inventó los «negocios fachada» para el lavado de dinero, y, lo más simbólico, «compró una plaza», como lo harían otros después de él: fue amo y señor de Ojinaga, Chihuahua. De acuerdo con los testimonios, muchos, pagaba a militares, a policías federales y estatales y a gobernantes locales para que le permitieran enviar droga a Estados Unidos. Daba empleos, se conocía públicamente su actividad y él procuraba justificarse en términos sociales con el reparto de ganancias a manera de dádivas y favores. Como lo hacen hasta hoy los capos de la Familia Michoacana o Joaquín *el Chapo* Guzmán, por decir. Como ha sucedido en otras prácticas mundiales del crimen organizado, desde Italia hasta Colombia, China o Japón.

Los que mataron a Domingo Aranda (en una clásica vendetta llena de engaños y traiciones) no decidieron quemar su cuerpo porque intentaran esconder el crimen. Todo lo contrario. Ojinaga y los pueblos aledaños hasta Ciudad Juárez y El Paso se conmovieron ante

esta muestra de saña (una marca del negocio del tráfico de drogas que ahora nos es muy común), porque los autores quisieron dejar un testimonio público de odio, crueldad y venganza.

Sin pedirlo, los habitantes de esta amplia región en la que cabría una buena parte de España, por ejemplo, fueron testigos de escenas de horror que se repetirán con creces durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX, y con mayor énfasis a partir del siglo XXI.

La muerte de Aranda es, si se quiere, tibia y trillada frente al grotesco escenario de sangre que se vive actualmente en el país. A principios de los años sesenta, el traficante mató por asuntos de drogas a su socio en Nuevo México, Francisco Carreón, conocido como *Pancho*. Los hijos de Carreón nunca perdonaron el crimen, y planearon delicadamente la venganza. Para 1973, el poder de Aranda había menguado a tal grado que su ahijado, Manuel Carrasco *la Víbora*, le había «comido gran parte del mandado», se había quedado con casi todo el negocio. Los hijos de *Pancho* contactaron a Carrasco; Carrasco «puso» o entregó a Domingo porque de esa manera se quedaba con las operaciones plenas del trasiego. Con ayuda de agentes judiciales corruptos, organizaron un encuentro «con compradores de droga de Estados Unidos» justo a la orilla del río Bravo, del lado mexicano, junto a Ojinaga. Los mexicoamericanos mataron al capo a balazos y luego lo rociaron de diesel y le prendieron fuego. Se quedaron allí hasta garantizar que el cuerpo estaba destruido.

Carrasco asumió el control de la organización que fundó Aranda. Luego, ya con mucho poder y dinero,

primero compró a las autoridades y después impuso por la vía electoral (pagó la campaña) al nuevo alcalde para Ojinaga. Y después, cuando la demanda de drogas aumentó en Estados Unidos, para abastecerse más rápido hizo alianzas con traficantes de heroína y marihuana de Sinaloa.

A Manuel Carrasco *la Víbora* lo sucedió, en situaciones similares, otro de los grandes: Pablo Acosta *el Pablote*, quien a su vez tuvo como empleado a un enviado desde Sinaloa: Amado Carrillo Fuentes, conocido años después como *el Señor de los Cielos*, uno de los más hábiles jefes absolutos del cártel de Juárez y después de la Federación, la más grande organización criminal en la historia de México.

Ese peso tiene la historia de Domingo Aranda.

Una larga guerra por el mercado

El 22 de agosto de 1933, *El Continental*, uno de los primeros diarios bilingües en la historia común México-Estados Unidos, publicó en su portada: «Es un secreto a voces que la señora Ignacia Jasso Vda. de González, alias *la Nacha* se dedica a la venta de droga en su domicilio ubicado en la calle Degollado núm. 218. En esta ocasión ocho de sus principales vendedores fueron aprehendidos bajo el cargo de narcotraficantes; sin embargo, se espera que salgan libres por la posibilidad que tienen de pagar las altas fianzas.»

En realidad, el periódico con base en Ciudad Juárez llegaba tarde a la noticia. Cuando fue llamada a juicio, *la Nacha* tenía unos quince años al mando de la primera organización de mexicanos dedicada al narcotráfico

en esa frontera; era ya la reina de esa versión burda del Cártel de Juárez que todavía sembraba mariguana en patios y azoteas de las casas.

Su segundo en la dirección era su propio esposo: Pablo González, *el Pablote*, un hombre poco precavido, ruidoso, amante de las mujeres, los tragos y los pleitos callejeros; murió a tiros en una cantina durante un duelo con un agente de la policía municipal. En contraparte, Ignacia, madre de cuatro, era una mujer recatada; morena, con un cuello largo y un porte que revelaba a la mujer hermosa que había sido en su juventud; vestía como abuela –faldas debajo de la rodilla, cabello recogido en un molote y zapato cerrado–, y tenía fama de ser la benefactora de las colonias desde donde dirigió su imperio, en el viejo centro de Ciudad Juárez.

Nadie se engañaba sobre ella. Ignacia era tan bonachona como brava para defender el negocio. De hecho, el origen de su organización, a principios de los años veinte, marca el inicio de una larga guerra por la plaza que se extiende hasta el siglo XXI. Para dominar el mercado de mariguana, heroína y cocaína, *la Nacha* ordenó la muerte de sus rivales, que no eran mexicanos sino chinos que habían llegado de San Francisco tras el devastador terremoto del 18 de abril de 1906. Según los registros –reseña Adriana Linares en *La leyenda negra*, con apuntes de Ignacio Esparza Marín, cronista de la ciudad–, ella dio la orden de ejecutar a once inmigrantes, y eso, y la anterior captura de las principales cabezillas del cártel chino –Rafael L. Molina, Carlos Moy, Manuel Chon, Manuel Sing y Sam Lee–, requerida por un juez, le permitió mantener el control de la venta de drogas hasta entrada la década de 1960.

Dicen que Ignacia sentía cierto desprecio por los estadounidenses, principales clientes de sus «picaderos», que estaban identificados y eran hasta cierto punto tolerados por la policía de El Paso, Texas –ciudad vecina de Juárez–, porque se trataba en su mayoría de excombatientes de las dos grandes guerras o de soldados asentados en el Fuerte Bliss, uno de los más importantes de Estados Unidos. La traficante comentaba que la heroína era sólo para ellos. Terminó vendiéndola a quienes pagaran, gringos o no.

La Nacha intentó lo que pocos han logrado con éxito: heredar el poder a su familia. El nieto, Héctor González, *el Árabe*, hijo de Pabla su hija, fue el más involucrado. Pero, como al abuelo, le gustaba la vida disipada y correr autos: se mató en un accidente automovilístico y con su muerte se rompió la línea familiar de narcotraficantes.

A diferencia de la mayoría de los que se dedican al negocio de la droga, *la Nacha* murió de vieja y en libertad, en los años setenta. Fue, dicen, tan querida hasta sus últimos días en el barrio Bellavista –en donde tenía su residencia–, que la gente la cuidaba y velaba por ella. Si la policía entraba a la colonia, la sacaban de la casa para esconderla. Y allá iba la viejita, en brazos de uno y otro, de vecindad en vecindad, por pasillos y pasadizos, brincando azoteas, para escapar de los azules.

Sí pisó la cárcel varias veces, como en una ocasión que reseña, en 1933, *El Continental*. El juez le dictó auto de formal prisión el 16 de octubre de ese año, pero el primero de diciembre obtuvo su libertad por falta de pruebas.

Los que la habían acusado desistieron en declaracio-

nes posteriores, y *la Nacha* regresó a la sala de su casa, en donde acostumbraba recibir amablemente a funcionarios públicos, policías y periodistas, con efectivo o con despensas de alimentos.

Amado Carrillo habrá llegado por Ojinaga, pero lo refinado sólo pudo heredarlo de la tradición que construyó *la Nacha*. Eso es lo que se cuenta.

El último manso
JOSÉ PÉREZ ESPINO

Los antepasados de Cruz Natividad nunca fueron conquistados y tampoco se rindieron. Los indios manso y los apaches fueron los primeros en tener una ciudadanía transfronteriza, cuando se dibujó una línea para dividir el territorio actual de México y Estados Unidos. Pero nadie les reconoció ese derecho. Son mexicanos olvidados por la historia oficial, que suele omitir que las etnias que habitaron los estados de Texas, Nuevo México y Arizona pertenecieron desde la llegada de los españoles y hasta mediados del siglo XIX a la Nueva España y a la República mexicana en su periodo independiente.

Con los manso y los apaches, hasta 1650 las tribus vecinas del Paso del Norte, en la región que ahora es territorio mexicano, eran: suma, jano, cholome, julime, chinarra, concho, tarahumara, jova y opata. En la parte de Estados Unidos: jacome, manso, apache, piro, tiwa, tom-piro y jumano. Prácticamente todas se han extinguido.

Talliné saca un puñal y se abalanza sobre el general porfirista Francisco Castro, quien desenfunda su arma. Al indígena le habían tendido una celada porque los federales le habían ofrecido su apoyo para convertirse en jefe de la tribu, a cambio de la entrega de Jerónimo, su cuñado, con quien disputaba la supremacía de la nación apache tras la muerte de Victorio.

Castro capturó a Talliné y desactivó una de las últimas andanadas violentas de los apaches. El indígena murió de viruela, su cabeza fue exhibida y muchos pensaron que era la de Juh, quien, en realidad, se había desbarrancado. El general desmintió el rumor y aprovechó para quedarse con la montera de seda que el jefe apache utilizaba en combate.

Victorio, el justiciero, había luchado junto con Mangas Coloradas y Cochise contra los invasores ingleses y españoles, o contra sus descendientes. Defendían la tierra y el ganado que les pertenecía por derecho natural. En las películas *western* se induce una percepción distinta, pero los apaches eran amigables y les gustaba la paz. Los criollos y los gringos los traicionaron una y otra vez y ellos no se dejaron.

El 14 de octubre de 1880, Victorio y setenta y siete indígenas más —entre niños, mujeres y ancianos—, caen durante la batalla de Tres Castillos, a cien kilómetros al norte de la ciudad de Chihuahua. Entre los muertos había chiricahuas, mezcaleros y navajos. En venganza, el nuevo jefe apache, Juh, quemaría vivo a Juan Mata Ortiz dos años después por su responsabilidad en el asesinato del gran jefe indígena.

Las ollas de barro que Natividad Camargo ofreció al Museo Nacional de Antropología no interesaron a los investigadores de la Ciudad de México. Tampoco distintos objetos de uso doméstico, por los cuales le habían hecho varias ofertas económicas. Optó por donar los artículos a la Universidad de Arizona, como una forma de honrar la memoria del presidente John F. Kennedy. Era 1966. Unos meses después recibió una carta de agradecimiento del senador Robert Kennedy. «Sólo quiero que sepa lo mucho que nuestra familia aprecia este honroso gesto en recuerdo de él [JFK]», escribió de puño y letra. De esa manera, el legislador, quien sería asesinado dos años después, dejaba un testimonio de la existencia de la última familia de indios manso.

Hasta esa época se creía que la etnia había desaparecido por completo. Natividad nació en 1906 y murió casi con el siglo XX, a los noventa y tres años. Heredó a su hijo, Cruz Natividad, algunas de las tradiciones y el lenguaje de la tribu. Su familia es la única descendiente, aún con vida, de la nación manso que habitó inicialmente la región Paso del Norte. Se daba por hecho su extinción, como la de los suma, que murieron hacia 1770, debido a una epidemia de sarampión. Los que sobrevivieron se unieron a los apaches antes de ser sacrificados. Como su padre a lo largo de la centuria pasada, Cruz Natividad ha observado la caída de algunos de los símbolos de la frontera.

Por ejemplo, la destrucción del viejo cuartel militar de Ciudad Juárez, donde el general Juan J. Navarro se rindió el 10 de mayo de 1911 y entregó la plaza

a las tropas maderistas encabezadas por Francisco Villa y Pascual Orozco dando fin al régimen de Porfirio Díaz y a la primera etapa de la Revolución mexicana. O el corazón de la zona turística del Programa Nacional Fronterizo (Pronaf), creado en la década de 1960 para renovar la identidad de la frontera. O la Misión de San José, construida en 1785, que se derrumbó durante un aguacero en 2008.

Por derecho de sangre, Cruz Natividad Camargo es el último de los indios manso de Ciudad Juárez. La mayor parte de su medio siglo de vida residió en la zona de San Lorenzo, donde su familia fue propietaria de una vasta extensión de tierras, exactamente donde ahora se encuentra el templo dedicado al patrono de Juárez. La lluvia destruyó las dos últimas chozas de barro y jarillas que se conservaban en el patio de su antigua casa. Actualmente radica en el pueblo de San Elizario, en Texas, donde convive con la nación Tigua. El periodista Pablo Hernández Batista recuperó su testimonio como una forma de rendirle homenaje al pueblo manso y mantener viva la historia de la etnia.

La historia de la nación manso es tan desconocida por la historiografía mexicana como la vida del fundador de Paso del Norte, fray García de San Francisco. La figura de la estatua que lo representa, ubicada a espaldas de la catedral de Ciudad Juárez, no corresponde a la suya. La imagen que dibuja una bella escultura de bronce, de cuatro metros de alto, ubicada en la Plaza de los Pioneros, en El Paso, Texas, tampoco es la del fraile franciscano. ¿Quién es, entonces, fray García de San Francisco? Al igual que la nación manso, no existen o no se han descubierto testimonios acerca de su perso-

nalidad o de su imagen, ni detalles sobre su fisonomía. Tampoco se sabe, a ciencia cierta, su edad exacta, dónde nació, dónde murió y en qué sitio fue sepultado. Se asume que tenía cincuenta y seis o cincuenta y siete años cuando fundó la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Mansos del Paso del Norte y que su principal virtud era la humildad. Nada más.

La ciudad tiene tal vacío de identidad, que ni siquiera posee su acta de nacimiento, es decir, el acta original de fundación de la Misión de Guadalupe. El interés de algunos viajeros ha logrado la preservación de algunos rasgos históricos. En 1889, el suizo Adolph Bandelier realizó una copia mecanografiada de una reproducción holográfica que él mismo redactó del acta original de fundación, un año antes, el 4 de abril de 1888, el mismo año en que el gobernador Lauro Carrillo firmó el decreto para convertir a la entonces villa de Paso del Norte en Ciudad Juárez.

La primera copia en hallarse fue la holográfica, en los archivos de la Universidad de Harvard y durante algún tiempo se consideró que se trataba del acta original de fundación.

Hace unos años, el investigador Oscar Darío Sánchez Reyes encontró la copia mecanoescrita, cuya legibilidad aclaró una serie de dudas sembradas. En primer lugar, comprueba que la fecha de fundación de la Misión de Guadalupe es el 8 de diciembre de 1659 y que el Paso del Norte perteneció la mayor parte de su vida colonial a Nuevo México «de cuya provincia incluso fue capital», no a la Nueva Vizcaya.

Los manso vivían cerca del río Bravo. Eran cazadores recolectores y hasta que llegaron los primeros es-

pañoles aprendieron a sembrar. Los viajeros españoles les decían *Gorretas* porque se afeitaban el cabello de tal manera que parecía que portaban ese tipo de prenda. Los hombres andaban desnudos y las mujeres se cubrían de la cintura hacia abajo con cueros de venado, en forma de taparrabo. Comían carne cruda, tragándola sin masticar. Prácticamente se comían una vaca entera, con todo y panza, cortándola con cuchillos de pederنال. También se alimentaban con peces. Los religiosos no tuvieron ningún problema para convertirlos al cristianismo.

Vivían en casas construidas de adobe mezclado con ramas de jarales, tenían chimeneas y las puertas eran pequeñas, para obligar a cualquier intruso a agacharse en su intento por entrar a la vivienda. Actualmente existen vestigios de esas construcciones.

Durante siglos, exploradores y científicos sociales extranjeros han sentido una pasión por la historia de la región de Paso del Norte y sus primeros habitantes. Por décadas se habló de la nación manso como la primera que habitó la región. Casi todo el siglo XX se pensó que la tribu se había extinguido por completo.

El colonizador de Nuevo México, Juan de Oñate, se refirió a los indígenas en 1598. En 1659, fray García de San Francisco fundó la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe para convertir a los indios al cristianismo. En 1880, el suizo Adolph F. Bandelier documentó la existencia de varios integrantes de la tribu, misma que no logró extinguirse durante las epidemias de viruela en el siglo XVIII.

En el verano de 1966, Nick Houser, un estudiante de la Universidad de Arizona, dedicó varios fines de semana a buscar algún descendiente de la nación manso. El antropólogo conoció a Natividad Camargo, a quien encontró sentado a la sombra de un álamo, en San Lorenzo. Así conoció una vivienda auténtica de los mansos. En 1993, el antropólogo regresó a Ciudad Juárez y volvió a encontrarse con el anciano, acompañado por los investigadores Howard Campbell y John Peterson. Lo encontraron sentado sobre un tronco, junto a unos gallineros y montones de leña. Tenía ochenta y seis años. El relato intitulado “El último de los mansos” se publicó en 1993 en la revista *Nova*, editada por la Universidad de Texas, en El Paso.

En los años recientes, Cruz Natividad y su esposa Amada Camargo Ceballos han colaborado en actividades que buscan preservar su amor a la madre tierra. Tienen dos hijos, Corina y Cruz Alberto. «Para nosotros no existe la división internacional, no existen las fronteras: somos una sola nación indígena», dice el último descendiente de los mansos, la nación pacífica y amistosa que fue la primera en habitar Ciudad Juárez. El 8 de diciembre de 2009 el legendario Paso del Norte habrá cumplido trescientos cincuenta años sin que se haya reconocido la identidad de sus pobladores, mansos y apaches.

Odas al contrabando

JOSÉ PÉREZ ESPINO

La mujer se abre paso con un hacha en la diestra. Los hombres en la barra se hacen a un lado. Da pasos lentos, mirando de un lado a otro. Es alta y robusta (mide 1.82 metros y pesa ochenta kilos). Con el arma quiebra todas las botellas que puede, en nombre de la abstinencia. La arrestaron unas treinta veces por hacerlo. Se llama Carrie Nation, uno de los iconos del movimiento antialcohol en Estados Unidos, hasta su fallecimiento, en 1911. Odiaba las bebidas alcohólicas. Carrie Nation decía que sólo daba seguimiento a órdenes divinas. Se calificaba como «un bulldog corriendo a los pies de Jesús, ladrando a lo que no le gustaba.» Sola o acompañada de otras mujeres, entraba a las cantinas entonando cantos religiosos. No logró ser testigo del triunfo de su movimiento. La ley seca sería decretada una década después. Ahora estaba enterrada en una tumba sin nombre, en Leavenworth, Kansas.

Gabriel Jara Franco conoció la historia de la Destrozadora de Bares en la penitenciaría federal ubicada

en la misma ciudad donde yacían los restos mortales de la activista. A los reos les gustaba contar anécdotas de la mujer cuyo primer esposo fue un ebrio empedernido.

El día que dejó la cárcel del condado de El Paso, su madre y su esposa no fueron a despedirlo. Tampoco las observó en el andén de la estación del ferrocarril. Quería la bendición de ambas. Hasta ese momento pensaba que él y treinta y dos convictos más serían llevados a la prisión de Louisiana, controlada por reos y celadores sureños. Los mexicanos tenían miedo de ser víctimas del odio racial que predominaba entonces. El tren, sin embargo, se dirigió a Leavenworth, en el estado de Kansas. Su destino estaba a mil setecientos cincuenta kilómetros de distancia y treinta y seis horas de viaje. Era el 7 de agosto de 1924.

La mayoría de los reos en el tren era contrabandista de licor o de drogas. Jara Franco purgaba una condena de treinta y seis meses de prisión por delitos relacionados con la prohibición al alcohol, al igual que otros quince reos. Otros catorce habían sido sentenciados por violar la Ley Harriman al comercializar, emplear o trasladar narcóticos; el resto por delitos diversos.

Era el convicto con mayor experiencia del grupo, cuya mayoría purgaba una sentencia menor a un año y no tenía antecedentes criminales. Eran principiantes en el contrabando al menudeo de alcohol y observaban a Jara Franco con respeto.

El Acta de Prohibición o la Ley Volstead, vigente de 1920 a 1933, generó una poderosa industria ilícita relacionada con el tráfico de alcohol en la frontera. Ciudad Juárez se convirtió en uno de los principales proveedores de licor a Estados Unidos. Los grupos que con-

trolaban su contrabando eran tan poderosos como lo son ahora las corporaciones criminales que dominan el comercio de narcóticos. Aun durante los años de la recesión económica estadounidense, la ley seca mitigó en buena medida los efectos negativos en la frontera, entonces atractiva por la existencia de negocios relacionados con las apuestas, la prostitución y la trata de personas y, desde luego, la venta y consumo de bebidas embriagantes.

La vida nocturna estaba en todo su esplendor, pero también la delincuencia. «Juárez es el lugar más inmoral, degenerado y perverso que he visto u oído contar en mis viajes. Ocurren a diario asesinatos y robos. Continuamente se practican juegos de azar, se consumen y se venden drogas heroicas; se bebe en exceso y hay degeneración sexual.» Las palabras del cónsul general de Estados Unidos en Ciudad Juárez, John W. Dye, citado por el investigador Oscar J. Martínez en *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, describen el nacimiento de la leyenda negra que aún persiste sobre el antiguo Paso del Norte.

En Ciudad Juárez estaba de moda el whisky. El clima árido y seco del desierto es perfecto para su añejamiento y dos fábricas se instalaron para elaborarlo a inicios del siglo XX. La D.M. Distillery –que produce el famoso Juárez Whiskey Straight American– y la D.W. Distillery. Los viejos cantineros cuentan que sus padres, también cantineros, llegaron a atender al célebre capo Al Capone, *Scarface*, *Caracortada*. La gente, entonces, sabía beber con estilo, dicen.

Gabriel Jara Franco es autor de una de las canciones más populares de la frontera: *El contrabando de El Pa-*

so (1). Por más de ocho décadas, el corrido se ha cantado en plazas, cantinas y restaurantes y se ha tocado en conciertos y bailes populares. Distintos grupos la han grabado, como Los Alegres de Terán, y se ha filmado al menos una película con el mismo nombre. Todo ese tiempo nadie supo el nombre del compositor, debido a que la primera grabación –realizada el 15 de abril de 1928 en El Paso, Texas, para la compañía RCA Víctor en un disco de 78 revoluciones por minuto– omitió el nombre de su creador.

El misterio, para los interesados, se resolvió en 2005. Un año antes de su fallecimiento, Guillermo E. Hernández, profesor de la Universidad de California, publicó el resultado de una investigación académica para identificar al autor de *El contrabando de El Paso*, el cual califica como un clásico del género. Por él sabemos algunos de los datos mínimos del compositor.

Jara Franco nació en 1896 en Ciudad Juárez y a los dieciséis años su madre lo llevó a El Paso. Su vida transcurría entre ambas ciudades, como buen transfronterizo. Cuando lo arrestaban, decía que era de oficio minero. La primera vez que lo detuvieron por violar la ley seca pasó un mes en la cárcel. Transportaba un galón de licor en El Paso. Medio año después, el 15 de junio de 1924, volvió a ser enjuiciado, pero en esa ocasión por tener en su poder cincuenta y ocho galones de bebidas alcohólicas.

En los primeros meses de su estancia en Leavenworth, le envió cincuenta cartas a su madre, Teresa Franco. También mantuvo correspondencia con Leonardo Sifuentes, integrante del afamado dueto musical Hernández y Sifuentes. A su esposa, Altagracia, no le escribió

ninguna vez. Aparentemente, en la cárcel, se arrepintió de su carrera delictiva. Consideraba una mala suerte sus ingresos a la cárcel. En prisión empezó a idear la letra del corrido que narra su propia historia. Obtuvo su libertad el 23 de octubre de 1925 y de inmediato fue deportado a México. Es todo lo que hasta la fecha se sabe de Gabriel Jara Franco.

El contrabando de El Paso es una crónica cuya letra y música toca fibras sensibles de quien lo escucha. «Desgraciadamente –dice el profesor Hernández– Jara nunca recibió el crédito que merecía como compositor de un corrido que se continúa cantando ya entrado un nuevo siglo. Otros lucrarían con su arte pues ni él ni su familia percibieron las regalías correspondientes que, a la fecha, ascenderían a millones de dólares. Lo justo, al menos, es recordar que hace ya más de ochenta años, un 7 de agosto de 1924, Jara hizo aquel viaje de El Paso a Leavenworth.»

Jara Franco fue compositor, protagonista y prisionero. Tres décadas después a la narración de Gabriel Jara Franco, en 1955, llegó la primera noticia musicalizada del arresto de un contrabandista de drogas prohibidas. Sin saber leer ni escribir, Paulino Vargas había llegado a residir en una colonia del poniente de Ciudad Juárez. El hombre que le dio asilo y trabajo fue arrestado cuando intentó cruzar la línea fronteriza con una carga de marihuana en la cajuela de un auto. Vargas tenía catorce años y siempre ha poseído una memoria eidética. Entonces compuso el primer narcocorrido de la historia: *Contrabando de Juárez* (2).

Aprendió a tocar el acordeón y años más tarde haría mancuerna con Javier Núñez para dar vida a Los Bron-

cos de Reynosa. Paulino Vargas escribiría los corridos norteños más populares de las cuatro décadas recientes: *La banda del carro rojo*, *El corrido de Lamberto Quintero*, *La fuga del rojo*, *Clave 7*, *El Zorro de Ojinaga*, *Paso del Norte*, *Carga ladeada*, *El hijo de su*, *El sube y baja* y, recientemente, *Las mujeres de Juárez*, entre otros temas legendarios.

El contrabando es parte de la cultura transfronteriza: alcohol, drogas, personas, armas, automotores y todo tipo de mercancías imaginables. Por décadas, los compositores de corridos norteños han dado cuenta de esa realidad. A Gabriel Jara Franco y a Paulino Vargas les une esa identidad común: escribir «la pura verdad.»

1

El contrabando de El Paso

AUTOR: GABRIEL JARA FRANCO

(Primera parte)

En el día siete de agosto,
estábamos desesperados
que nos sacaran del Paso
para Kiansis, mancornados.

Nos sacaron de la corte
a las ocho de la noche,
nos llevaron para el dipo,
nos montaron en un coche.

Yo dirijo mi mirada
por todita la estación,

a mi madre idolatrada
pedirle su bendición.

Ni mi madre me esperaba,
ni siquiera mi mujer;
adiós todos mis amigos,
¿cuándo los volveré a ver?

Ya viene silbando el tren,
ya no tardará en llegar,
les dije a mis compañeros
que no fueran a llorar.

Ya voy a tomar el tren,
me encomiendo a un santo fuerte,
ya no vuelvo al contrabando
porque tengo mala suerte.

Ya comienza a andar el tren,
a repicar la campana,
le pregunto a Mr. Hill
que si vamos a Lusiana.

Mr. Hill, con su risita,
me contesta: —No señor,
pasaremos de Lusiana
derechito a Leavenworth—.

Corre, corre, maquinita,
suéltale todo el vapor,
anda dejar los convictos
hasta el plan de Leavenworth.

Yo les digo a mis amigos
que salgan a exprimentar
que le entren al contrabando
a ver dónde van a dar.

(Segunda parte)

Les encargo a mis paisanos
que brincan el charco y cerco,
no se crean de los amigos,
que son cabezas de puerco.

Que, por cumplir la palabra,
amigos, en realidad
cuando uno se halla en la corte
se olvidan de la amistad.

Yo lo digo, con razón,
más de algunos compañeros:
en la calle son amigos
porque son convenencieros.

Pero de eso no hay cuidado,
ya lo que pasó voló,
algún día se han de encontrar
donde me encontraba yo.

Es bonito el contrabando,
se gana mucho dinero,
pero lo que más me puede:
las penas de un prisionero.

Víspera de San Lorenzo,
como a las once del día:
les pisamos los umbrales
de la penitenciería.

El que hizo estas mañanitas,
le han de otorgar el perdón
si no están bien corregidas:
pues ésa fue su opinión.

Unos vienen con dos años,
otros con un año un día,
otros con dieciocho meses,
a la penitenciería.

Ahí te mando, mamacita,
un suspiro y un abrazo,
aquí dan fin las mañanas
del contrabando del Paso.

2

Contrabando de Juárez

AUTOR: PAULINO VARGAS

Me aprendieron en El Paso
después de cruzar el Bravo
me tomaron prisionero
cargando mi contrabando.

Me preguntaron mi nombre
y también mi procedencia

yo les dije soy de Juárez
ahí no piden licencia.

Me marcaron con el 7
una camisa rayada
me pusieron prisionero
un domingo en la mañana

Bonito Juárez querido
yo desde aquí te diviso
lástima que aquí en El Paso
tenga cierto compromiso

Son las once de la noche
oigo música en los bares
mi querida ya me espera
en una calle de Juárez

Aunque el muro sea de acero
y yo no cargo las llaves
el día 7 de Febrero
yo me pasearé en sus calles

Güeritas de ojos azules
no les puedo dar mi mano
porque me tiene enjuiciado
el gobierno americano

Es bonito el río Bravo
ya nadie podrá negarlo
pero el contrabando pesa
cuando se cruza nadando.

Guerra sucia

SANDRA RODRÍGUEZ NIETO

Lo primero que escuchó fue un forcejeo en la puerta de herrería del barandal. Luego gritos y una orden. «¡Abre la puerta, hijo de tu pinche madre!» Berta se levantó asustada de la cama, apagó la televisión y fue a abrir la puerta de la calle. En un segundo estuvo rodeada de elementos del Ejército mexicano. No sabe cuántos, pero recuerda que eran más de veinte. Entraron a su casa armados, uniformados, todos con pasamontañas; recorrieron el pasillo y las recámaras. Afuera interrogaban a Rey, su hijo de dieciocho años, quien había bajado desde su recámara por la escalera de caracol construida en el frente de la casa.

Los militares le ordenaron permanecer en la sala y no salir. Revisaron toda la casa, pero a ella sólo le importaba su hijo que estaba afuera. Oye que le preguntan por armas y por droga; piensa que alguien les da información por radio porque cuando Rey les dice que no sabe, los militares le contestan que no se haga pendejo.

El insulto aumenta su sobresalto. Quiere salir, pero los que están con ella le repiten que debe permanecer quieta. Entre la penumbra, por la ventana alcanza a identificar las camionetas color verde olivo estacionadas; cuenta tres. Luego ve que los militares colocan a Rey contra el cristal de la ventana. Él está medio hincado y entre varios lo esposan y le vendan los ojos con cinta adhesiva color canela. De ahí se lo llevan en su propia camioneta, una Grand Cherokee color gris.

Rey creció en la colonia Bellavista, como su madre, en el extremo norte de Ciudad Juárez, unos metros al sur del río Bravo. Ahí se divide el centro histórico de ambos lados de la frontera. En la parte mexicana, decenas de edificios deteriorados y viviendas demolidas por un programa de remodelación urbana dan al lugar un aspecto de zona de guerra. Es uno de los principales puntos de distribución de droga. Todavía en los inicios de 2008, por algunas calles era común ver a hombres parados en las esquinas o en el interior de los edificios, como las vecindades, sin hacer nada más que tener las manos entre las bolsas del pantalón y observar hacia diferentes lados. El lugar era entonces controlado por la pandilla de los Aztecas.

Como varios jóvenes de la zona, Rey se dedicó desde adolescente al tráfico de emigrantes. Es una actividad tan común que su madre Berta, de cincuenta y un años, dice no saber por qué se le considera ilícita. Desde 2008, sin embargo, Rey decidió cambiar de actividad y abrió un establecimiento de venta de autopartes. Su novia estaba embarazada y él empezó a presentir que

estaba en peligro. Las calles de la colonia Bellavista empezaron a ser el núcleo del patrullaje militar del incipiente Operativo Conjunto Chihuahua. Los soldados «peinaron» la zona, reportaban hallazgos de bodegas con droga y detenían a decenas de personas. Los homicidios, como en el resto de la ciudad, eran terroríficos. En enero de 2008 había aparecido un hombre calcinado en unas tapias de la colonia, y en marzo alguien aventó en otra casa abandonada un cuerpo maniatado con las manos hacia atrás y vendado con cinta canela.

Rey no puede ver. No sabe a dónde lo llevan. En su relato a la Comisión Estatal de Derechos Humanos dice que, al bajar de su camioneta, escucha el ruido de helicópteros y a militares dando órdenes. Lo llevaron a un lugar donde escuchó otras voces. Asume que son otros detenidos y calcula que puede haber al menos otros diez o veinte. Escucha entonces golpes, gemidos, voces pidiendo información muy específica: «No te hagas pendejo, dime dónde está la bodega que surte a los de la calle Azucenas.» «¿Dónde está la bodega del Chivo?» Luego alguien se acerca a él. Al primer golpe responde que lo único que sabe es quién vende la droga en la colonia, que incluso puede llevarlos. El que lo interroga quiere más que eso, «¡no te hagas pendejo!, eso ya lo sabemos; necesito que me digas dónde está la bodega.» Quiere domicilios; le pregunta dónde «guarda el clavo.» Rey no sabe. Pasó emigrantes a través del río Bravo desde adolescente, pero nunca traficó con droga. El militar tiene información. Le recuerda que estuvo preso, que trabaja pasando ilegales. Asume que Rey sabe

quiénes son «los buenos del barrio.» El detenido sólo insiste en que no es así. Escucha entonces la orden de que «lo preparen». Lo desnudan. Lo siguiente es una sensación de toque eléctrico; luego un golpe en el estómago. Alguien más le pega por la espalda cuando se dobla y lo obliga a enderezarse. Luego más golpes y más preguntas sobre los «clavos» y las bodegas; en un momento siente que sangra por el ano.

Siempre vendado, Rey alcanza a sentir luz en un lado de la cara. Piensa que debe ser una ventana y que está entrando el sol; piensa que tal vez está amaneciendo. Oye pasos y luego alguien le echa encima una cobija y lo envuelve en ella; le echan agua y después siente toques eléctricos. Vuelven los golpes en el estómago, en la espalda, vuelven las preguntas. Luego lo levantan y lo conducen a otro lado. Camina; sigue vendado; sigue desnudo. Entra en algún lugar y escucha de nuevo voces de militares haciendo preguntas. Alguien le coloca una bolsa de plástico en la cabeza. La sujeta alrededor de su cuello. Siente que se asfixia; vuelven las preguntas. Rey recuerda que tuvo que defecar. Lo hizo en el mismo lugar donde dormía y pasaba las horas detenido. Recuerda también que los militares le dijeron que le gustaba vivir entre la mierda. Así, le dijo Rey a los de Derechos Humanos, duró unos cinco o seis días.

En uno de esos días le dieron ropa. Siempre vendado, se vistió, lo esposaron, lo subieron a un vehículo y sintió que avanzaron durante algunos minutos por un camino de terracería. Alguien le dijo que lo iban a matar en ese momento. Lo bajaron de la cabina, lo hincaron contra la tierra y le recordaron que era la última oport-

tunidad que tenía para que dijera quién era «el bueno» en la Bellavista. Dice que rezó por su vida. Se encomendó a Dios y ahí, hincado en algún lugar del desierto sur poniente de Ciudad Juárez, a unos kilómetros de la guarnición militar de la plaza, esperó el disparo.

El ruido del motor, sin embargo, empezó a alejarse. En unos segundos se dio cuenta de que estaba solo. No sabe cuántos minutos después se quitó la cinta.

Rey llegó a casa en un taxi. Su madre recuerda haberlo visto con golpes y marcas en la cara y en los brazos. Rey no quiso hablar ni decirle dónde ni cómo había estado. En los días en los que había estado desaparecido, como otras madres y familiares de detenidos por el ejército, ella había ido a la guarnición militar a manifestarse con cartulinas exigiendo información del paradero de su hijo. Al igual que al resto de los que acudían, nunca recibió información alguna y de ahí, también como decenas de personas que por entonces buscaban a sus familiares, deambulaba a la Procuraduría General de la República. La angustia de no saber dónde está un hijo detenido, dice Berta, es indescriptible. Saturada por las noticias de los cientos de homicidios que ya ocurrían en Juárez, cada noche y cada mañana pedía que su hijo estuviera vivo. Por eso no le hizo preguntas, dice, al verlo regresar con vida esa mañana del 21 de mayo.

Rey cambió. Regresó a su trabajo en el expendio de autopartes y a su vida con su novia y su hijo recién nacido, pero estaba callado, tenso. Berta recuerda haber escuchado en la colonia rumores de que matarían a los que habían sido detenidos por el ejército. Recuerda también que la noche del 4 de agosto de 2008, la última

que lo vio con vida, ella tenía la puerta de la casa abierta para que circulara el aire. Rey, dice, se acercó y desde afuera la cerró de un golpe. Bruscamente le preguntó que si quería que volvieran por él los soldados.

A la mañana siguiente salió al Centro de Readaptación Social para visitar a otros dos hijos, y vio que Rey lavaba sus tenis en el balcón de la planta alta.

Al regresar del penal, Berta encontró en casa la noticia de que Rey no contestaba llamadas. No regresó en todo el día. Su hermana mayor fue a buscarlo a la Procuraduría General de la República, donde un empleado del Ministerio Público Federal le dijo que en el Servicio Médico Forense había un cuerpo con las características descritas: tez clara, cabello negro casi a rape, ojos grandes, 1.65 metros de estatura, pantalón de mezclilla azul cielo y camisa amarilla.

Berta guarda la información de la muerte de su hijo en el cajón de una cómoda. Dentro de una carpeta de plástico transparente azul, un acta de defunción describe el resultado de la necropsia: «laceración de ambos pulmones que provoca shock hipovolémico producido por heridas punzocortantes en tórax.»

Tiene también una fotografía en la que Rey aparece como un joven fuerte de sonrisa seductora, que toca con cariño el abultado vientre de una adolescente morena de grandes ojos verdes.

De la carpeta sale, casi al final, la página de un periódico policiaco que reportó el homicidio, a la que Berta le voltea la cara. Esa sí no soporta verla, dice. Una foto del cuerpo de su hijo acapara la plana; tiene sangre en el pecho y en el rostro. El cadáver yace sobre el polvo de una calle de la colonia Francisco I. Madero. El

texto narra que, a las 3.30 de la tarde, los vecinos vieron cuando el cadáver fue arrojado desde una camioneta en movimiento. Tenía varias heridas punzocortantes en el pecho y la cabeza estaba destrozada por un tiro de gracia.

Juárez, donde colapsó la morgue

MARCELA TURATI

En esta época en que la costumbre es morir rafagueado, Perches, la empresa funeraria más famosa de Juárez, bien podría acuñar un lema publicitario: «Traiga el cadáver de su ser querido y una fotografía, nosotros se lo reconstruimos.»

Cumplir el reto de dejar a los muertos como vivos es toda una proeza, aunque Rogelio Guerrero, el gerente nocturno de la funeraria, asegura que sí lo han hecho: «Hace una semana vino un señor a agradecernos porque aunque el cuerpo de su familiar, un joven de treinta y dos años, venía totalmente destrozado, le pudimos reconstruir el rostro y se lo tuvimos dos horas antes de lo prometido.» Lo dijo en mayo de 2008, cuando Juárez aún no se convertía oficialmente en la maquiladora nacional de muertos.

A partir de esa fecha, sin embargo, Guerrero ya notaba el desquiciamiento de las costumbres mortuorias. Sus principales clientes ya no eran ancianos o ancianas

muertos por vejez, sino jóvenes, en su mayoría varones, perforados por decenas de balazos, ochenta en promedio. Las funerarias ahora están llenas de padres que entierran a sus hijos.

«Si el cadáver se encuentra muy lastimado o desfigurado y no hay forma de reconstruirlo, recomendamos que el ataúd esté cerrado para que no lo vean y conserven una buena impresión del difunto», explicó el gerente en la oficina iluminada con luz ambarina que comparte con una veintena de ataúdes en exhibición. Féretros confeccionados con caoba o mármol, forrados de tela rosa o hechos de metal truqueado imitación madera, y para todo presupuesto: desde veinte mil pesos, hasta veinticinco mil dólares para quien prefiere un ataúd chapeado en oro.

Los diseños que más solicitan a Guerrero son los ataúdes de madera clara con figuras religiosas labradas en la tapa como escudos protectores, en las que Karol Wojtyla y la Virgen de Guadalupe ganan en popularidad.

Y aunque en gustos hay variedad, entre los deudos parece haber consenso en dos detalles: desprecian las cajas sin vidrio protector para el rostro del ser querido al momento del último vistazo, y nadie quiere que el indio Juan Diego sea quien acompañe al bienamado por toda la eternidad.

En Juárez la industria de la muerte floreció en 2008 al mismo ritmo que se levantaron edificios funerarios de varios pisos, tan amplios como hospitales. El negocio se hizo evidente con el transcurso del año; si para el Día de Reyes moría asesinada una persona cada veinticuatro horas, según las bitácoras judiciales, para Navi-

dad eran ocho y para la Candelaria de 2009 eran doce los caídos diariamente.

Uno de cada cuatro narcoasesinatos del país sucedieron en el estado de Chihuahua; casi todos en Juárez. Muchos, por supuesto, olieron el negocio. En las escenas del crimen pronto aparecieron vendedores de sodas y frituras para alimentar a los infaltables mirones –algunos niños tienen grabados «ejecutados» en sus celulares– o vendedores de camisetas con el lema «Visite Juárez» y un cadáver estampado.

El registro fúnebre juarense cerró 2008 con 1,607 homicidios –entre ellos el del reportero que llevaba la cuenta de los muertos– y señaló a la ciudad como la más violenta del continente. Ese amontonadero de cuerpos en una ciudad de un millón trescientos mil habitantes equivaldría, según demógrafos locales, a que en el Distrito Federal hubieran baleado a treinta y cinco mil personas.

Tanta estúpida masacre hizo indispensables a personajes como el embalsamador Juan López, que bien podría asegurarse un papel en películas tipo *Kill Bill*, donde el espectador tiene que cubrirse para que la sangre no lo salpique.

López trabaja en otra sucursal de Perches, no muy lejos de la oficina de Guerrero, escondido de la vista de los dolientes, en una sala a la que se entra por atrás de la recepción pasando por un laberíntico pasillo mal iluminado y un patio donde entran carrozas fúnebres.

Es el embellecedor de cadáveres más rápido de la funeraria y de todo Juárez, según presumió sin modestia, y la noche que lo conocí me dijo que tenía tanto trabajo que no había podido tomar descansos.

Su molestia no es la gran cantidad, porque recibe paga por cuerpo, sino las nuevas complicaciones del oficio. Si antes tardaba una hora en reparar un difunto cualquiera, cada rafagueado le puede tomar el doble de tiempo, y a manos inexpertas llevarles medio día. Si antes arreglaba dos ejecutados por semana, ahora recibía hasta seis por día y algunos, como una mujer policía que reparó, atravesados hasta por ciento veinte balas.

La violencia agregó complejidad a su trabajo. Ya no se trata sólo de vaciar meticulosamente las venas antes de que la sangre descomponga el cuerpo, ni de coser cada herida con sus manos de cirujano plástico de muertos, ni de inyectar formol por la carótida para luego bañar, peinar, maquillar y vestir al difunto. Durante las velaciones, él y su equipo tienen que colarse a las capillas a mitad del velorio para revisar, de manera discreta, que el cuerpo no escurra el líquido inyectado, por las destrozadas venas.

En ocasiones recibe muertos tan estropeados que sin una foto no podría imaginar cómo tenía la nariz o si acostumbraba llevar bigote. Pero, como buen profesional, sabe que la ropa se encarga de cubrir las heridas imposibles y que en los casos perdidos debe enfocarse en reconstruir rostros. Se esmera mucho en su trabajo porque sabe que la última impresión que la gente se lleva del difunto depende de su habilidad para reconstruirlo.

Eso sí, como en todo oficio hay límites; él se declara incompetente para arreglar a decapitados o calcinados.

«La familia me habla y me pregunta: “oiga, ¿se va a poder ver mi familiar?” y un noventa por ciento de veces se puede pero la reconstrucción necesita mucho

tiempo», dijo esa noche de inusual ocio, no por falta de material de trabajo sino porque la morgue estaba sobrecargada y sus clientes detenidos en el embotellamiento.

No sería la última vez que tomaría un respiro así. Durante 2008 cuatro veces la morgue colapsó y los cadáveres tuvieron que esperar turno para autopsia.

La matanza de rafagueados que abarrotaron las funerarias aumentó a pesar de que ese año el gobierno federal envió dos mil quinientos soldados y policías federales para llevar a cabo el Operativo Conjunto Chihuahua contra el crimen organizado, y que para 2009 lanzó la versión *reloaded*, con siete mil quinientos militares más, porque las muertes no cesaban (y siguen sin parar).

Ese año, la ciudad engendró toda suerte de relatos aterradores, todos ellos verídicos.

Está, por ejemplo, la historia del hombre de la calle Champotón que, cansado de encontrar por las mañanas un tiradero de muertos afuera de su negocio colocó un macabro letrero: «Prohibido arrojar cadáveres o basura.» En noviembre, uno de los cadáveres tirados en el terreno fue el de su hija, el hombre no lo vio porque ya había sido asesinado.

Otro ejemplo es aquel de la mujer del Valle de Juárez que miró pasar un perro con una extraña pelota entre los dientes y descubrió que la maraña redonda, pegajosa, color carne, era la cabeza de un hombre; o la de los bachilleres que descubrieron, colgado de una reja cerca de la escuela, un cadáver con máscara de cerdo; o la de los puentes en los que amanecen hombres sin cabeza; o la de la niña sacrificada cuando un hombre en fuga la utilizó como escudo antibalas.

Cuando conocí a López, el embalsamador ya estaba inquieto por la facilidad con la que en esta ciudad se aprietan los gatillos. Decía molesto que los sicarios ya se estaban «excediendo» en las ejecuciones.

Ningún juarense salió intacto del reguero de sangre. Para diciembre de 2008, miles de familias se habían mudado de ciudad; cientos de negocios trabajaban a cortina cerrada y luz apagada; los jóvenes habían abandonado la vida nocturna; los parques quedaron en desuso; las escuelas adelantaron vacaciones; los maestros tomaron cursos para evitar extorsiones; los reporteros estrenaron chalecos antibalas y todo el que pudo hizo su vida a reja cerrada.

«Queda uno traumatado de ver tantos muertos. Cuando trabajo pienso en mis hijos en que estas personas no se vayan a confundir», dijo López preocupado aquella noche en la que, al final de la entrevista, me pidió que tachara su nombre verdadero y que simulara que se llamaba Juan López. Le parecía que había hablado de más y que había que cuidarse de los vivos y no de los muertos.

En la calle pasó una camioneta con un narcocorrido a todo volumen.

Cuando confesó su preocupación por la muerte que rondaba cercana, más cerca de la calle que de la funeraria, se quedó pensativo, moviendo inquieto sus hábiles manos de ilusionista que reconstruye personas en Juárez, una ciudad que bien necesita una reconstruida profunda, no sólo de rostro.

Las capillas velatorias estaban en penumbras. Los muertos no habían llegado, seguían atorados.

El idioma de las cartulinas

MIGUEL ÁNGEL CHÁVEZ DÍAZ DE LEÓN

«Ciudad Juárez.- Una cartulina con los nombres de cuatro elementos de la Secretaría de Seguridad Pública Municipal asesinados recientemente y de 17 agentes más, fue colocada ayer por la mañana en el Monumento al Policía Caído, ubicado en el eje vial Juan Gabriel y avenida Sanders. El narcomensaje fue dejado en el lugar por varios hombres encapuchados que viajaban en una camioneta de color oscuro.»

Así inició una historia que no ha llegado a su fin. Esta es la nota informativa que marcaba el comienzo de la barbarie en Ciudad Juárez. Fue publicada el 26 de enero de 2008 en el *Diario de Juárez* y fue escrita por Armando Rodríguez *el Choco*, quizá el periodista más informado sobre los vericuetos del bajo mundo. Ésa era su labor profesional, pero la impunidad del gobierno de Chihuahua lo mató.

El 27 de enero de 2007 en una cartulina blanca una leyenda escrita con marcador negro, letra legible y

sin faltas de ortografía decía: «Para los que siguen sin creer», y en seguida diecisiete nombres de agentes de policía de la municipal estaban enlistados e identificados con su apellido, su grado y el distrito donde se desempeñaban.

Desde entonces Ciudad Juárez ha sido el campo de batalla de los narcotraficantes, que con sus comandos armados de asesinos a sueldo se pelean esta plaza tan codiciada.

El cártel de Sinaloa, encabezado por el capo fugitivo Joaquín *el Chapo* Guzmán, es uno de los contendientes en la cruenta disputa por el control de la ciudad. Los otros son los que pertenecen al cártel de Juárez, los que históricamente tenían el control antes de que esa cartulina apareciera irónicamente a los pies del Monumento al Policía Caído, en cumplimiento de su deber. Estas dos organizaciones cuentan con grupos de choque al frente de esta guerra: el cártel de Sinaloa usa a los Quitapuercos y el cártel de Juárez a la Línea o los Linieros. Ambos grupos mantienen una guerra sin tregua, encendida a través de operaciones armadas y de los narcomensajes.

A Ciudad Juárez, que siempre ha quedado rezagada de las políticas del gobierno federal (no así en su recaudación de impuestos), nunca la han tomado en serio a pesar de que históricamente es una zona de cambios relacionada con todo México.

Un informe de la Secretaría de Seguridad Pública (SSP) exponía que, desde el primero de junio de 2007 hasta el 27 de octubre de 2008, se habían reportado un total de doscientos sesenta y un narcomantas en veintidós estados del país y en el Distrito Federal.

El documento titulado *Mantas con mensaje de la delincuencia organizada*, ni siquiera tomaba en cuenta que desde el 27 de enero de 2007 fue en Juárez donde se presentó el primer aviso. Igual nos pasó con la lucha armada de 1910, nadie volteó a vernos.

El informe mal documentado de la SSP indica que «las primeras mantas con narcomensajes que aparecieron fueron en la Ciudad de México el 1 de junio de 2007, y es hasta el 13 y el 16 de abril de 2008 cuando vuelven a presentarse en Nuevo Laredo, Reynosa y Tampico, Tamaulipas.»

Mientras en Ciudad Juárez teníamos esta novedad desde los últimos días de enero de 2007.

Las cartulinas, las narcomantas, los narcovideos, la Internet y hasta los narcocorridos, son una fórmula de comunicación alternativa que utiliza el crimen organizado en esta guerra. El fenómeno de los narcomensajes tiene tres fases que constituyen materia de análisis para cualquier estudioso de las Ciencias de la Comunicación.

Primero, se utilizan los narcomensajes para intimidar a la policía, para advertir de ataques y denunciar complicidades. Segundo, los narcomensajes son una forma de amenaza entre cárteles rivales para exhibir su poder de intimidación. De acuerdo a la revista *Proceso*: «Las bandas no sólo han utilizado estos mensajes para pelear las plazas sino para advertir de eventos futuros, para exhibir su poderío y solazarse en los hechos de corrupción que *justifican* sus crímenes.» Y tercero, los narcomensajes no son tomados en serio por los encargados de la seguridad nacional a pesar de que es el único canal público en donde se ventilan y se muestran las actividades ilícitas del crimen organizado.

Los observadores de este fenómeno consideran que esta guerra de narcomensajes se fortalece mediante la estrategia más antigua de todas: el miedo y la delación. Y para los fines que el crimen persigue son todo un éxito.

Habla la gente sobre los narcomensajes

Son la voz más macabra del odio entre mafias, pero también reflejan el estado de ánimo de las mismas hacia un Estado enfermo y corrompido hasta la médula. Evidentemente lo hacen para obtener cobertura mediática –narcomarketing– diría yo, pues al leer una narcomanta los lectores tratamos de hacer conexiones y conclusiones para temas de café. Quién no sabe ya de los Marranos, de los Montaperros, de la Línea, de los Artistas asesinos, de los Aztecas, de los Mexicles, del *Chapo*, en fin, todo un cartel de lucha libre.

MARIO CASTAÑÓN

Diseñador gráfico.

Vive y trabaja en Ciudad Juárez.

Las mantas y las cartulinas son una forma muy efectiva que encontraron los integrantes de los grupos de la delincuencia organizada para hacer llegar sus mensajes a los grupos contrarios. Después se dieron cuenta del poder mediático que cobraron ese tipo de mensajes, y no obstante que continuaron utilizándolos con el objetivo original, los empezaron a utilizar para que sus amenazas y acciones causaran mayor impacto entre la sociedad en general, al ser reproducidos íntegramente por los medios de comunicación. Era como insertar un

desplegado en los mejores espacios de los medios impresos e Internet o un *spot* en los mejores tiempos de televisión y radio sin siquiera molestarse en los costos que algo así representa.

El método tuvo un apogeo muy fuerte pero pronto decayó al ser los medios de comunicación blancos de fuertes críticas por prestarse a la difusión de los mensajes y contenidos de las que fueron bautizadas como narcomantas o narcocartulinas. Se les señaló por dejar que el narco manejara su agenda. Sin embargo, cuando la información del día es floja y aparece uno de esos mensajes, todavía hay medios que caen en la tentación de darles los espacios para no perder audiencia o lectores, por la curiosidad que esos mensajes despiertan entre el público.

La frustración de quienes elaboran esos mensajes, al ver que ya no son tan difundidos como al principio, los ha llevado incluso a amenazar a las redacciones si una narcomanta no es reproducida.

PEDRO TORRES
Subdirector editorial del
Diario de Ciudad Juárez.

Yo pienso que esas mantas son una guarrada creada por gente cobarde, nefasta, desalmada y hueca. Hueca, porque no tiene neuronas, o si tiene será una y la comparte con su familia y además no tienen alma.

Cobardes, porque como viejas chismosas de la primaria se amenazan con recaditos.

Nefastas, porque el contenido de las mismas no dice nada, ni dice a quién. Las dedicatorias son ambiguas.

Desalmadas, porque pareciera que las escriben con los fusiles que manejan.

Pero por supuesto que no dejan de intimidar a la ciudadanía y no se diga a la autoridad. A estas alturas parece que vivimos en un gobierno anárquico. Los malditos guachos (militares) están pintaditos de verde muy camuflajeados pero no sirven para nada, creo que eso ya nos quedó muy, pero muy claro a todos.

ANA BERTHA GARCÍA

Hasta enero de 2009 era una persona económicamente activa que estaba en los registros de Hacienda porque era propietaria de una tienda pequeña de barrio que ella misma atendía y surtía, ubicada en la zona de Infonavit Aeropuerto. Cerró su negocio porque sufrió tres robos en 2008 y a principios de 2009 le avisaron que tenía que «pagar cuota.» Simplemente cerró y se fue a trabajar los sábados limpiando casas a El Paso, Texas.

Lenguaje. Si las viéramos en detalle, se podría hacer un análisis del discurso, pero están vedadas. Las quitan de inmediato, como si hubiera que guardar una moral pública. Las cartulinas están llenas, es como si quisieran decir muchas cosas en una sola ventana. ¿Qué otro canal de comunicación tienen con la gente?

La intención. ¿Qué pretenden?, amenazar, amedrentar, tirar línea, dominar, establecer un poder sin duda. La muerte es la medida de las medidas, la última amenaza donde toda institución social se queda corta, donde cualquier poder se debilita. La violencia que hay para acabar con la vida de quien sea deja sin opción de nada a la gente. No hay diálogo posible, ni recurso al-

guno. Es un poder absoluto. Claro que estas bestias no lo piensan, pero han de sentir un gran poder sobre los demás. Sólo hay que revisar las vidas jodidas que han tenido, a duras penas escriben.

¿A quiénes van dirigidos? Pensamos que es sólo a los narcos. Son públicos, abiertos, dirigidos a las autoridades ¿por qué? Aunque sabemos que entre estas autoridades está permeada la corrupción y que todos los involucrados o casi todos, están coludidos. A la gente común que puede denunciarlos la tienen en la raya, con miedo. Es una ciudad secuestrada.

GRACIELA MANJARREZ

Es investigadora en el área de ciencias sociales de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Todos somos destinatarios

Un narcomensaje escrito en una lona y dirigido al presidente de la República mexicana, Felipe Calderón, en el que se advertía que las familias de los delincuentes deben ser intocables, apareció en tierras chihuahuenses, demostrándonos que todos somos destinatarios.

El mensaje decía:

Sr. Presidente: Felipe Calderón Hinojosa Estamos conscientes de nuestros actos, pero estamos en desacuerdo de que involucren a nuestros padres, hermanos y familiares, es una regla mundial que ha existido en todos los tiempos y la Familia es Intocable. Nosotros le preguntamos a Genaro García Luna, Cárdenas Palomino, Armando Espinoza y los

que participan en abusos y arbitrariedades que hacen en contra de la mayoría de los mexicanos y sus familias no son culpables de sus actos y si deben pagar esto, esperemos abran los ojos de la clase de gente que tienen al frente de sus cargos públicos y nosotros no cometemos injusticias y jamás rompemos nuestros códigos. Las familias son sagradas y se repetan [sic].

Afirma el arzobispo de Acapulco, Felipe Aguirre Franco, que la violencia organizada es creativa y posiblemente la aparición de las narcomantas sea una diversión macabra y de muy mal gusto de algunos *narcopayasos*. En conferencia de prensa, señaló que no deben de extrañar las sorpresas que dan de un día para otro en diferentes formas. Sin embargo no dejan de ser llamadas de atención para todos. «No podemos considerar únicamente las mantas como un chantaje, que hay que diluir, que hay que despreciar...»

Indicó que las autoridades deben de saber filtrar lo que a través de las narcomantas quieren decir. «Hay que saber leer el mensaje subliminal, así como también sabemos que hay gente para todo que se burla de nuestra situación y le gusta divertirse en esa forma necrófaga y que quieren de esa manera divertirse, así como hacen de cien llamadas que se hacen a los teléfonos de seguridad hasta 70 y 80 por ciento son algunos para divertirse [...] La sapiencia de los encargados de seguridad de nuestras procuradurías municipales y estatales y de la República federal deberán saber el mensaje subliminal que está en esas manifestaciones sin descartar lo que puede ser una diversión necrófaga.»

La guerra de narcomantas, desatada durante 2009, fue catalogada por regidores de Reynosa y por el Centro de Estudios Fronterizos y de Promoción de los Derechos Humanos (Cefprodhac), como lamentable, pero benéfica, ya que están ventilando la corrupción y el nulo actuar de la justicia federal. Colgadas en las más transitadas avenidas, el crimen organizado se ha ocupado de ventilar el presunto contubernio que hay entre el gobierno federal y los altos mandos de la milicia mexicana con integrantes del crimen organizado.

Muchos han levantado la voz para deslindarse del ataque. «Son tan constantes los hechos que ya lo vemos muy normal y bien, pero yo insisto, no tenemos que caer en este absurdo, nos damos cuenta de que cada día se pierde más control y de que el gobierno ya no sabe qué hacer», dijo Amelia Acosta Morales, presidenta de la Comisión de Derechos Humanos en Reynosa, Tamaulipas, el 29 de octubre de 2008.

Para la presidenta del Cefprodhac, Rebeca Rodríguez, la situación es lamentable, ya que son los propios delincuentes quienes están ventilando a la opinión pública la corrupción que impera en las corporaciones de justicia federal. Reveló que también están dejando en evidencia la falta de una buena estrategia de las autoridades federales y militares contra la delincuencia organizada, ya que los eventos lamentables que hemos tenido hablan por sí solos. «Lamentablemente, las mantas las seguiremos viendo todos los ciudadanos, ya que a pesar de que los autores de este tipo de anuncios pertenecen a grupos delictivos, son ciudadanos y tie-

nen derecho a manifestar sus ideas, tienen derecho a la libertad de expresión», puntualizó.

El crimen organizado en Ciudad Juárez apuntó sus armas contra el alcalde José Reyes Ferríz, al aparecer media docena de mantas y cartulinas amenazando al edil para que renuncie o en caso contrario atentarán contra él o su familia. Las cartulinas y mantas son similares a las que aparecieron el pasado miércoles en distintos puntos de esta frontera, en las que se advertía que de no renunciar el jefe de la policía municipal, Roberto Orduña, asesinarían a un policía cada cuarenta y ocho horas, amenaza que fue cumplida y que obligó al retiro forzado del funcionario municipal.

Este domingo desde la madrugada, nuevamente aparecieron mantas y cartulinas, pero ahora dirigidas al alcalde de Ciudad Juárez, José Reyes Ferríz, en las que se le advierte que si sigue apoyando a un cártel de la droga, atentarían contra él y su familia, la cual ubica-ron en El Paso, Texas.

La lucha contra el crimen organizado en Chihuahua tomó un giro dramático y sorprendente, al aparecer este viernes en la entidad, justo en la tierra donde nació el gobernador del estado José Reyes Baeza y su familia, una manta donde se amenaza de muerte tanto al mandatario estatal como a su esposa, hijos y padres.

LUIS CARLOS CANO
Corresponsal de El Universal.

Los grupos de narcotraficantes, además de amagar a la sociedad, de hacer negocio, de intimidar y aniquilarse entre ellos mismos, quieren tener una política de comunicación, mediante las mantas y cartulinas.

Ciudad Juárez, Chi., 25 de febrero de 2008 (APRO).- Dos mantas fueron colocadas horas antes del inicio de la reunión del gabinete federal de seguridad; en ellas se exige la inmediata destitución de la procuradora general de Justicia del estado, Patricia González Rodríguez. Los mensajes aparecieron en la intersección de las calles Independencia y Canal y en la glorieta de Pancho Villa. Fueron firmados por «ciudadanos y comerciantes», en un tono similar a las cartulinas colocadas la semana pasada para exigir la renuncia del secretario de Seguridad Pública municipal, Roberto Orduña.

Apenas el viernes pasado Orduña renunció a su cargo, tras cumplirse la amenaza del narcotráfico de ejecutar a un policía cada cuarenta y ocho horas en caso de que permaneciera como secretario de Seguridad Pública.

En las mantas colocadas esta vez se responsabiliza a la procuradora de la ola de matanzas en Chihuahua.

Las cartulinas fueron colocadas antes del arribo de los funcionarios federales que encabezan la reunión extraordinaria de seguridad.

Están presentes: Fernando Gómez Mont, secretario de Gobernación; el procurador de la República, Eduardo Medina Mora; el secretario de Seguridad Pública Federal, Genaro García Luna; el titular de la Defensa Nacional, Guillermo Galván Galván y el gobernador del Estado, José Reyes Baeza.

